

TRANSNACIONALIZACION ALIMENTARIA TENDENCIAS Y POLITICAS ALTERNATIVAS

Jorge A. CALDERÓN*

La transnacionalización de la agricultura en los países periféricos es un tema cuyo análisis adquiere una importancia creciente. Apoyándonos en diversas investigaciones¹ expondremos a continuación algunas tesis sobre este proceso y su relación con la crisis alimentaria.

Posteriormente, presentaremos la concepción de Ignacy Sachs sobre el Ecodesarrollo, ya que estimamos que presenta una perspectiva de conjunto para contribuir a la elaboración de una alternativa frente a la crisis alimentaria y ecológica del mundo contemporáneo.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE LA TRANSNACIONALIZACIÓN DE LA AGRICULTURA

El sometimiento de la agricultura de la periferia se da en el marco de un proceso de acumulación y de desarrollo desigual que se reproduce en el ámbito internacional.

El desarrollo del capitalismo en la periferia es resultado de las transformaciones internas de estos países y de la penetración y dominación externa que el emergente centro europeo estableció sobre

* Profesor de la Facultad de Economía-UNAM.

¹ Chonchol, Jacques, "Desnutrición y dependencia", *Comercio Exterior*, Vol. 30, No. 7, julio de 1980, México. Sen, Amartya, "Ponencia al Sexto Congreso Mundial de Economistas", *Comercio Exterior*, Vol. 30, No. 12, diciembre, 1983. George, Susan, *Cómo muere la otra mitad del mundo*, Siglo Veintiuno editores, México, 1980. Samir Amin, *Imperialismo y desarrollo desigual*, Fontanella, Barcelona, 1976. Gonzalo Arroyo, "Firmas transnacionales agroindustriales, reforma agraria y desarrollo rural", *Investigación Económica*, No. 147, ene-mar., 1969, México.

Asia, África y América Latina; por tanto, no es producto de un lento proceso autocentrado de disgregación de estructuras feudales.

En los países dependientes, la revolución agrícola no precede a la revolución industrial, sino que es resultado tardío de ésta. En general, salvo el caso de México, las reformas agrarias que han engendrado una modernización agrícola capitalista sólo se han generalizado hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

El capitalismo se implanta en la periferia bajo la forma de un comercio desigual realizado por sociedades extranjeras que originalmente no modificaron las estructuras productivas sino que se «sobrepusieron» a ellas, subordinándolas. Posteriormente, la exportación de capital permitió un control externo sobre explotaciones mineras y sobre la agricultura de plantación. En algunos casos ésta la desarrollan predominantemente terratenientes provenientes de la potencia colonial dominante. En otros, lo hacen empresas extranjeras establecidas en colonias y semicolonias que gradualmente imponen una especialización productiva que tendrá efectos duraderos. Este fue el caso de la United Fruit en América Latina; la Unilever, en el Congo Belga; la Firestone en Liberia, de diversas empresas propietarias de plantaciones de té y de caucho en Ceylán, Indonesia e Indochina, de sisal en Tanzania y de algodón en la India.

Sobre la base de la especialización productiva heredada del período colonial, en la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX en América Latina se constituye, como forma dominante de explotación de la tierra —en contradicción con la pequeña producción campesina—, una agricultura basada en latifundios con distintos grados de desarrollo de las relaciones de producción capitalista. Estos estaban articulados con estructuras precapitalistas aún subsistentes y en algunas zonas de asentamientos humanos prehispánicos entraban en contradicción con las tierras comunales de los pueblos. Ciertos latifundios estaban ligados al mercado interno y otros se orientaban a la exportación hacia los mercados centrales. Este fue el caso de las plantaciones de café en Brasil y Colombia; de azúcar en Cuba y México —hasta 1910-1930—, y de las explotaciones ganaderas en Argentina, Uruguay, Paraguay y Sur de Brasil.

En el Medio Oriente y Asia, durante un largo período, los productos agrícolas comercializados —para los mercados interno y externo—, procedían de sectores donde regían internamente relaciones de producción precapitalistas, subordinadas, dialécticamente, al proceso de acumulación de capital a escala mundial.

Posteriormente, se abre una fase que en algunos países puede

situarse en el período de entreguerras y que en otros se extiende hasta la actualidad, caracterizada por la industrialización por sustitución de importaciones. Esta dinámica dio un nuevo auge al capitalismo periférico, especialmente en los países de mayor desarrollo relativo. La urbanización y la industrialización aumentaron la demanda de productos alimenticios; sin embargo, en muchos casos la expansión del excedente agrícola comercializable se vio obstaculizado por su baja productividad, atraso tecnológico, orientación exportadora, desarticulación interna y la subsistencia —en distintas áreas y bajo múltiples modalidades—, de relaciones precapitalistas. De esta forma se fue abriendo una creciente brecha entre la demanda y la oferta de productos agrícolas con la notable excepción de Argentina y de México en los años 1940-1965. De ahí la paradoja de que el tercer mundo, poblado mayoritariamente por agricultores, se convierta en importador de productos alimenticios proporcionados por el centro.

En esta etapa, en la que aún están insertos muchos países del tercer mundo, las funciones de las estructuras agrarias campesinas son: 1) proporcionar mano de obra barata para las industrias extractivas y manufactureras; y en ciertos casos, para las plantaciones y las explotaciones agrícolas capitalistas; 2) abastecer al sector urbano, frecuentemente en forma insuficiente, de productos alimenticios baratos que permitan reducir el valor de la fuerza de trabajo; y 3) elevar el valor real del consumo suntuario de las capas privilegiadas de la sociedad, proporcionándole servicios personales y domésticos muy baratos.

Estos objetivos se alcanzan utilizando un arsenal de diversos medios económicos y políticos según las circunstancias y el país de que se trate. En numerosos países periféricos, la alianza de clases dominantes es la existente entre el capital extranjero y las clases dirigentes internas. En ciertos casos, en las zonas rurales predomina la alianza entre la gran propiedad terrateniente y el capital externo. Ahí se intensifican, simultáneamente, los mecanismos propiamente capitalistas de explotación y formas precapitalistas aún subsistentes. Además, la expansión del consumo de lujo de las clases dominantes y de ciertas capas de la pequeña burguesía urbana de la periferia, crea en algunos países un mercado y una industria ligados a él, lo que se articula con la dinámica de pauperización de los campesinos y su expropiación y expulsión de la tierra, creándose, por esta vía, una creciente oferta de mano de obra barata para los distintos sectores productivos. La proletarianización «bloqueada» o «inconclusa»

de numerosos emigrantes rurales se refleja en la creciente población marginal de numerosas ciudades del tercer mundo.

De esta forma, el desarrollo capitalista en la periferia configura formas de dominación sobre las sociedades rurales que las deforma y modifica, generando miseria, desnutrición crónica, subempleo y marginación en amplios sectores del pueblo.

En la segunda posguerra, se ha desarrollado en un reducido número de países del tercer mundo, un nuevo esquema de subordinación de la agricultura periférica al capitalismo central. En ellos, la expansión de un capitalismo urbano-industrial y la reestructuración del capitalismo internacional han originado importantes transformaciones en el mundo rural. En ciertos países de América Latina (México, Bolivia, Perú, Cuba y en ciertos grados Chile), en el Medio Oriente y el norte de África (Argelia, Egipto, Irak) y en algunos países de Asia (India, Pakistán), se abre la era de las reformas agrarias. Con un carácter más o menos radical, estas reformas se realizaron bajo el impulso de la lucha antimperialista poco después de lograda la independencia (como en la India); o bajo el influjo de la oleada de nacionalismo árabe de los cincuenta y sesenta (Egipto, Argelia); o con una variante populista-desarrollista en América Latina.

Con frecuencia, estas reformas impulsan la modernización capitalista del sector agrícola, rompen estructuras precapitalistas, expanden el mercado interno, incrementan —a veces insuficientemente—, el excedente agrícola comercializable, crean una burguesía agraria dinámica y, en ciertos países, se crea también un campesinado rico y «aburguesado», lo cual prepara las bases para que en algunas áreas periféricas se desarrolle un proceso de «industrialización» de la agricultura similar al operado en los países centrales con la variante fundamental, y esto es un elemento clave que define el conjunto del proceso, de que aquí la dominación de la industria sobre la agricultura se opera bajo la hegemonía tecnológica y, en algunos casos, financiera y comercial de empresas monopólicas de los países centrales, es decir, de empresas transnacionales, asociadas a la burguesía industrial local (privada y estatal), a la burguesía agraria y a los campesinos ricos.

Así, en ciertas zonas la llamada «revolución verde» configura un esquema de subordinación de la agricultura a un complejo agroindustrial dominado por empresas monopólicas nacionales y transnacionales, estatales y privadas, productoras de maquinaria, insumos y tecnología o situadas en la fase de procesamiento agroindustrial y/o de comercialización.

Por revolución verde entendemos el cambio tecnológico que resulta de la introducción de variedades de semillas de altos rendimientos, cultivados preferentemente en tierras de riego con un modelo tecnológico caracterizado por el uso creciente de insumos de origen industrial (abonos, pesticidas, energéticos, herbicidas, etcétera), que han originado un sensible aumento en los rendimientos medios de ciertos cultivos como el maíz, el trigo y el arroz, a costa, en algunos casos, de un creciente desequilibrio ecológico.

Pues bien, la revolución verde expresa el fin de las antiguas alianzas de clase entre capital extranjero y terratenientes atrasados y consolida una nueva donde se establece una alianza contradictoria (asimétrica y sujeta a modificaciones y conflictos), entre el capital extranjero, la burguesía industrial interna —privada y estatal—, la burguesía agraria y el campesinado rico.

La modernización capitalista impulsada por la revolución verde acelera el proceso de diferenciación clasista. Conducen también a la llamada «ganaderización» de amplias extensiones de tierra, destinándose crecientes superficies a pastizales, cría y engorda de ganado, especialmente vacuno y a cultivos forrajeros, a veces a costa del desmonte indiscriminado de ricas selvas tropicales —como hoy sucede en el sureste de México, el Amazonas y el África tropical. Esto crea una grave ruptura del equilibrio ecológico y de las estructuras agrarias tradicionales y reduce los cultivos destinados al consumo popular, lo que puede reflejarse en una creciente escasez de productos agrícolas de consumo básico que numerosos países deben importar del centro para cubrir los déficits alimentarios; claro que esto sólo es posible cuando los países disponen de divisas para adquirir alimentos en el mercado internacional. El motor de la «ganaderización» es la obtención de tasas de ganancia más elevadas a través de la producción de carne destinada al consumo de los grupos de mayores ingresos de la periferia y a la exportación hacia los países centrales. Así, ciertas zonas de la periferia se especializan en la producción de carne para el mercado interno y externo, todo lo cual acelera la crisis de abastecimiento de alimentos básicos, el creciente desempleo rural y el éxodo hacia las ciudades superpobladas.

A partir de los años cincuenta y sesenta, las nuevas explotaciones capitalistas, agrícolas y ganaderas, han sido impulsadas por la burguesía interna y por las empresas transnacionales, y particularmente, por las agroindustrias productoras de insumos y procesadoras de materias primas agrícolas y por las empresas monopólicas de comercialización de alimentos. En los últimos años estas empre-

sas han experimentado una expansión sin precedente en un conjunto de países tercermundistas. De esta forma, la agricultura de ciertas variedades de exportación —café, cacao, plátano, caña de azúcar, frutas, legumbres, caucho, té, algodón, etcétera—; y la ganadería de la periferia contribuyen a *complementar* la demanda de insumos de origen agropecuario de los países centrales; mientras que las poblaciones marginales del tercer mundo se enfrentan a la negra perspectiva del hambre, desnutrición y pauperización.

La expansión de las trasnacionales en los distintos niveles del proceso social de producción agroindustrial (insumos, producción agrícola, procesamiento y comercialización) de numerosos países de la periferia tiene graves consecuencias sobre la estructura del empleo rural, la tenencia de la tierra, la fertilidad de los suelos, el equilibrio ecológico, la distribución de los alimentos a nivel nacional y mundial, los hábitos alimenticios y en otros rubros. Produce una profundización de la subordinación de la agricultura a la industria y del campo a la ciudad. La agricultura para ser cada vez más dependiente de las empresas monopólicas que producen insumos y maquinaria agrícola y agroindustrial y de las instituciones financieras nacionales e internacionales que dan créditos para un desarrollo agrícola que sea benéfico para las empresas agroindustriales. Además, está cada día más subordinada a las procesadoras de materias primas agropecuarias y las grandes campañas comerciales.

Las empresas agroindustriales monopólicas son altamente concentradas, tienen una producción diversificada y su estructura les permite expandir su acción en diversos países, operando en mercados oligopólicos. Esta dinámica es más acentuada en las agroindustrias de insumos y maquinaria agrícola y en las industrias agroalimentarias.

Su campo de acción se inserta también en rubros importantes como el crédito, la asistencia técnica y los servicios tecnológicos. Su fortaleza relativa les permite, en algunos casos, influir en las políticas agropecuarias de ciertos gobiernos, particularmente en rubros como política de precios, subsidios, política de exportación e importación. Influyen también en organismos como la FAO.

Actualmente, se ha conformado a escala mundial un sistema agroalimentario trasnacional que comprende la producción, el procesamiento y la distribución de alimentos. En este sistema agroalimentario internacional, además de las empresas trasnacionales existe un conjunto de actores entre los que se destacan las empresas agroindustriales oligopólicas de distintos países propiedad del capital

privado o estatal, los aparatos estatales propiamente dichos, los organismos internacionales y otros.

Sin embargo, diversos autores (E. Feder, Susan George, Jacques Chonchol y otros) consideran que en este sistema, las empresas trasnacionales son el elemento más dinámico e influyente.

De acuerdo con estimaciones de Naciones Unidas* de las 161 empresas trasnacionales agroalimentarias más importantes a nivel mundial en 1976, 89 eran norteamericanas, 26 inglesas, 14 japonesas y 21 eran de Europa Occidental.

Si se excluye Europa Oriental, URSS y China Popular, estas 161 empresas controlaban el 32% de la producción agrícola mundial calculada en 550 000 millones de dólares.

De esta forma, una parte significativa del proceso de agroindustrialización y de la alimentación mundial está dominada por poco más de un centenar de empresas trasnacionales. Sin embargo, su expansión en la periferia no se hace en forma homogénea ni abarca toda la gama de productos, sino que se concentra en aquellos que son estratégicos para el mercado mundial.

A título ilustrativo, presentamos el monto de las ventas totales y el país de origen de las 16 empresas agroalimentarias más importantes del mundo en 1976. (Ver cuadro anexo).

TRANSNACIONALIZACIÓN Y CRISIS ALIMENTARIA

La subordinación de la agricultura al proceso de acumulación de capital a escala mundial bajo control de los países centrales, ha creado formas peculiares de dominación del capitalismo sobre la agricultura. Como vimos, una de sus características es la creación de una economía que tiende, parcialmente, hacia la especialización de los productores en cultivos de exportación (como algodón, café, cacahuate, soya, caña de azúcar, plátano algunas variedades de frutas y legumbres), que intercambian por artículos manufacturados de consumo popular y por insumos agrícolas. Estos cultivos gradualmente están desplazando a aquellos que se vinculan con las necesidades alimentarias de la población lo que, unido a un conjunto de factores ligados a la deformación de la estructura productiva de la periferia, conduce a un creciente déficit alimentario en numero-

* Centro de investigación e información sobre empresas trasnacionales. Naciones Unidas, 1979; citado por G. Arroyo, *Empresas trasnacionales y agricultura en América Latina*, Estudios del Tercer Mundo, junio, 1980.

sos países dependientes de Asia, Africa y América Latina. Profundiza además los problemas de hambre y desnutrición que experimenta una porción sustancial de la población mundial.

EMPRESAS AGROALIMENTARIAS TRASNACIONALES CON VENTAS SUPERIORES A 2 000 MILLONES DE DOLARES

en 1976

<i>Empresa</i>	<i>País de origen</i>	<i>Ventas de alimentos y bebidas en mill. de dls.</i>	<i>Ventas totales en mill. de dls.</i>
<i>Unilever Ltd.</i>	<i>Gran B.</i>	8 741.2	17 638
<i>Nestlé, S.A.</i>	<i>Suiza</i>	6 247.8	7 248
<i>Kraft Inc.</i>	<i>E.U.</i>	4 775.8	4 977
<i>General Foods Corp.</i>	<i>E.U.</i>	4 401.6	4 910
<i>Esmark Inc.</i>	<i>E.U.</i>	3 955.2	5 301
<i>Beatrice Foods Co.</i>	<i>E.U.</i>	3 943.0	5 239
<i>Coca Cola Co. Inc.</i>	<i>E.U.</i>	2 911.5	3 033
<i>Greyhound Corp.</i>	<i>E.U.</i>	2 384.9	3 738
<i>Ralston Purina Co.</i>	<i>E.U.</i>	2 365.5	3 394
<i>Borden Brands Co.</i>	<i>E.U.</i>	2 336.3	3 381
<i>United Brands Co.</i>	<i>E.U.</i>	2 130.4	2 277
<i>Iowa Beef Processors Inc.</i>	<i>E.U.</i>	2 077.2	2 077
<i>Archer Daniels Mid-Land Co.</i>	<i>E.U.</i>	2 065.5	2 119
<i>Pepsico Inc.</i>	<i>E.U.</i>	2 051.2	2 728
<i>Associated British Foods Ltd.</i>	<i>Gran B.</i>	2 015.5	3 012
<i>Carnation Co.</i>	<i>E.U.</i>	2 004.5	2 167

FUENTE: Centro de Investigaciones e Información sobre las empresas trasnacionales, Naciones Unidas, 1979.

Tomado de G. Arroyo, *Empresas trasnacionales y agricultura en América Latina*, Estudios del Tercer Mundo, junio, 1980, p. 150.

Según estimaciones de Naciones Unidas,² actualmente, mil millones de personas, casi una cuarta parte de la población mundial, padecen en grados diversos desnutrición crónica y hambre —30% de ellas en Asia, 25% en Africa, 18% en el Medio Oriente y 13% en América Latina; dos terceras partes de ellas estaban situadas en zonas rurales. Esta situación no se ha modificado aún cuando la producción mundial de alimentos ha aumentado a un ritmo ligeramente superior al del incremento demográfico. En un equilibrio tan precario, una mala cosecha en cualquiera de las potencias productoras de alimentos (como los EUA, Canadá y Australia) y/o en los grandes productores-importadores (como la Unión Soviética), puede originar una hambruna en los países periféricos que tienen déficits alimentarios crónicos y carecen de las divisas necesarias para financiar importaciones. En este contexto, los países pobres se ven obligados a competir en un mercado internacional de cereales que dispone de existencias relativamente deprimidas, y la mayor fuerza económica y financiera de los países industrializados importadores de alimentos como la Unión Soviética y Japón (que destinan gran parte de sus importaciones a la alimentación de ganado), se impone a la débil capacidad de comercialización de la periferia que, ante un súbito agravamiento de sus déficits alimentarios, recurren a créditos externos de emergencia y son fácil presa de maniobras especulativas de las empresas trasnacionales que controlan una parte sustancial del intercambio mundial de alimentos, mismas que venden los remanentes de las disponibilidades mundiales de cereales —aquellos que quedan después de cubrir las necesidades de los países industrializados importadores de alimentos—, a precios muy elevados.

Esto es, precisamente, lo que sucedió en diversos países de Asia y Africa (especialmente en los situados al Sur del Sahara), en 1973 y 1974; a consecuencia de ello murieron más de setecientos cincuenta mil personas. En efecto, a fines de los años 60's y principios de los 70's, debido a una política gubernamental de reducción de subsidios a los agricultores norteamericanos, disminuyeron gradualmente las reservas de cereales en los EUA, país que, junto con Canadá, suministra el 80% del trigo comerciado en el mundo. Simultáneamente, en 1972-1973, ocurrieron sequías desastrosas en el Sur del Sahara y, además, la URSS tuvo una cosecha muy baja y realizó compras masivas de grano en el extranjero. Esta fue una

² Cancún. *Diálogo para la historia*, Presidencia de la República, México, 1981, p. 31.

de las causas (la otra reside en el alza de los energéticos), por la que se dio a partir de 1972 un aumento drástico en el precio del trigo y en otros cereales.

En febrero de 1974, por ejemplo, los precios del trigo exportado por los EUA eran cuatro veces mayores que los cobrados por el mismo país en junio de 1972. Las importaciones de cereales de los países del tercer mundo pasaron, en el mismo lapso, de 34.5 millones de toneladas en 1972 a 48 millones de 1974, o sea, aumentaron en un 39.1% en dos años. En este mismo periodo los precios del grano por tonelada pasaron de 88.4 dls. us., a 211 dls.; es decir, se incrementaron en un 238.7% en dos años. El valor de las importaciones de cereales debido al efecto combinado de incremento de precio y de aumento del monto físico importado, pasó de 3 mil millones de dls. a más de 10 mil millones en este bienio. Igual tendencia presentan las importaciones de insumos básicos para la agricultura. En 1970 los países periféricos invirtieron en este rubro 550 millones de dólares, mientras que en 1975 gastaron más de 2 500 millones de dólares.³

Globalmente hablando, la producción de alimentos de los países periféricos aumentó en más de 2.5% anual entre 1950 y 1975, pero el crecimiento demográfico, el incremento de la capacidad adquisitiva de algunos estratos minoritarios de la población, y los procesos de industrialización y urbanización que algunos de ellos experimentaron, originaron que la demanda global de alimentos creciera en el mismo lapso en más de un 3% anual. Además, debe destacarse que éstas son cifras globales y ocultan el hecho de que numerosos países han visto estancado o en franco retroceso su producción de alimentos básicos. Por ejemplo, en los países del Sur del Sahara la producción de alimentos por persona ha disminuido desde 1960.

Vista desde una perspectiva histórica más amplia, debe destacarse de las importaciones de cereales de los países dependientes han pasado de un nivel relativamente bajo de 20 millones de toneladas en 1960 y 1961 a cerca de 80 millones en 1979. Si se mantienen las tendencias actuales, los países del Sur llegarán a importar 150 millones de toneladas de alimentos para 1990, de los cuales 80 millones los demandarán los países más pobres de Asia y África. El problema se volverá crítico si se considera que las exportaciones de estos países, debido a las características de su estructura productiva interna, a la relación desigual en los términos de intercambio y a las políticas neoproteccionistas de los países centrales, serán insu-

ficientes para financiar sus elevadas importaciones de alimentos, cubrir el servicio de la deuda externa y realizar las importaciones básicas para la reproducción y expansión de su planta productiva.⁴

En 1980, el mundo produjo unos 1 600 millones de toneladas de grano de cereal, lo que proporciona casi el 90% de la dieta humana. Pero en ese mismo año la humanidad consumió unos 20 millones de toneladas más de lo que produjo, por lo cual las reservas mundiales de alimentos se redujeron de 62 a 40 días del consumo mundial.

Los países industrializados, que contienen a dos quintas partes de la población mundial, producen el 75% de los alimentos del mundo. Además, cabe resaltar que algunos de ellos, pese a ser grandes productores son también grandes importadores. En 1980, Europa oriental y la Unión Soviética importaron 46 millones de toneladas de cereales, cifra que representa el triple de las importaciones hechas el mismo año por África (13 millones de toneladas), más del cuádruple de las hechas por América Latina (10 millones de toneladas) y, si sumamos las importaciones de toda Europa (Oriental y Occidental) ésta alcanza la cifra de 62 millones de toneladas, cifra casi similar a la que ese mismo año realizó el conjunto de Asia (63 millones de toneladas).

En 1975, los EUA controlaban el 50% de las exportaciones mundiales de trigo, el 69.3% de las de maíz y el 80% de las de soya. Como contrapartida tenemos que Asia importó un promedio de 6 millones de toneladas anuales en 1948-1952, 17 millones en 1960, 37 millones en 1970 y 63 millones en 1980.⁵

Así, una parte sustancial de la producción mundial es consumida y producida por los países centrales.

Cabe destacar, además, que una parte importante del consumo de cereales de los países centrales y algunos periféricos se destina a la alimentación y engorda de ganado para abastecer mercados de alto poder adquisitivo. De esta forma, ocho unidades de proteína vegetal que en Asia son consumidas directamente, en Europa y Japón y Norte América se utilizan para producir una unidad de proteína animal.

En términos de volumen, esto se expresa en que para producir un kilogramo de carne comestible (de aves y/o ganado vacuno) se requiere de 3 a 9 kg. de cereales.

⁴ "Informe de la Comisión Brandt", *Nueva Imagen*, México, 1981, p. 106.

⁵ *Cancún*, op. cit., pp. 33 y 55.

³ *Ibid.*, p. 32.

La perspectiva, de no producirse cambios revolucionarios, es que la brecha producción-consumo tenderá a ahondarse en la periferia. Se estima que para 1990 la producción de granos para alimentación aumentará en 350 millones de toneladas adicionales respecto a 1980; pero, en el mismo lapso, la producción de la periferia, que tiene los mayores déficits alimentarios sólo habrá aumentado en unos 200 millones de toneladas.⁶

La tendencia es por tanto, aumento de precios, disparidad entre demanda y producción, dependencia de los centros exportadores mundiales y deterioro en la calidad de los alimentos.

En América Latina, en la década de los setentas, más de 110 millones de personas consumieron menos calorías de las necesarias. De dicho total, alrededor de 50 millones eran niños menores de diez años de edad. Esto significa que 55% de los niños de América Latina sufren algún grado de desnutrición importante. Las consecuencias de la desnutrición son conocidas: menor capacidad intelectual, menor capacidad física, menor esperanza de vida. Obviamente, las causas son múltiples pero una de ellas reside precisamente en la estructura polarizada de distribución del ingreso y en la desarticulación de las estructuras agrarias del área.⁷

En la última década, en ciertos países, el problema del hambre se ha agravado porque la caída de su producción agrícola *per cápita* va unida a escasez de divisas, crisis de balanzas de pagos (agudizándose sus tendencias crónicamente deficitarias), creciente endeudamiento externo y un servicio de la deuda que con frecuencia consume una parte sustancial de los ingresos por concepto de exportaciones. Se agrava también, porque las llamadas «políticas de estabilización» aplicadas por numerosos gobiernos han provocado un descenso del ingreso real de los trabajadores que ven así reducido su acceso a los alimentos. Así, el hambre tiende a afectar una capa creciente de la población debido al drástico descenso de su poder adquisitivo de bienes y servicios, especialmente alimentos.

Puesto que los alimentos se compran y se venden en el mercado y en ellos gastan gran parte de sus ingresos los sectores económicamente más débiles, es por tanto evidente que el hambre se debe no sólo a la escasez de alimentos sino, fundamentalmente, a la insuficiencia de ingresos. La existencia, en los países periféricos, de un elevado nivel de desempleo y de subempleo tiene, en este con-

⁶ *Ibid.*

⁷ Felipe Herrera, "Cambio estructural, interdependencia económica y desarrollo mundial", *Comercio Exterior*, dic., 1983, p. 1091.

texto, una estrecha relación con los elevados índices de desnutrición que los caracteriza. Lo más grave, sin embargo, es que estas tendencias se han visto reforzadas por los procesos de modernización capitalista en el campo que han expulsado gran cantidad de fuerza de trabajo sin que el sector urbano-industrial tenga el dinamismo necesario para absorberla. Así, se han roto en muchos casos las antiguas estructuras agrarias de autosubsistencia y no se han creado formas alternativas para alimentar a una creciente población.

Por tanto, aunque parezca axiomático, debe resaltarse que, ante todo, es el ingreso real el elemento clave para determinar quiénes tienen la posibilidad de acceder a un consumo suficiente de los alimentos y quiénes no la tienen. Además, para determinar en cada país el poder adquisitivo real, debe analizarse la correlación entre el nivel de precios y el nivel de ingreso.

La eliminación del hambre, asumida como meta de la Conferencia Mundial de la Alimentación celebrada en 1974, sigue siendo un objetivo urgente para la humanidad. Sin embargo, para lograr este objetivo no basta que los alimentos sean producidos a un nivel igual o superior a la tasa de crecimiento demográfico sino que, además, es preciso que las personas que los necesitan tengan suficiente capacidad de compra. La erradicación de la pobreza es una condición indispensable para la erradicación del hambre. Ésta sólo se logra si cada familia dispone de un empleo estable y con remuneración suficiente para cubrir sus necesidades básicas.

Así, el problema del hambre debe ser analizado no sólo desde el punto de vista de la correlación entre el aumento de la producción mundial de alimentos y el incremento de la población mundial; es decir, desde el punto de vista de la producción alimentaria *per cápita* a nivel mundial sino que exige evaluar la distribución del ingreso y sus tendencias *en cada país*. Exige analizar también el *balance nacional* entre alimentos y población, ya que si bien la producción alimentaria *per cápita* ha ido aumentando en todo el mundo, ha disminuido en algunos países (la mayoría africanos). Sin embargo, *lo decisivo* es ver si los países con déficit alimentario interno disponen de divisas suficientes para importarlos y analizar si la estructura de distribución del ingreso permite a los grupos de menores recursos de esas naciones adquirir los alimentos necesarios para su subsistencia.

Una política alternativa para hacer frente a la crisis alimentaria no sólo debe apoyarse en el aumento de la disponibilidad de divisas, la expansión de la producción de alimentos, el equilibrio de la Balanza de pagos y la reorientación de la estructura productiva

nacional hacia un desarrollo autocentrado capaz de romper la especialización productiva impuesta por el mercado mundial sino que, simultáneamente, debe orientarse hacia una elevación estable del ingreso real de toda la población y particularmente, el de los grupos más pobres y vulnerables.⁸

En suma, el que una persona sea capaz de obtener una cantidad suficiente de alimentos depende de las características del conjunto estructural social en la que está inserta y no sólo de la disponibilidad *per cápita* de los mismos.

Al respecto, siguiendo el punto de vista de Amartya Sen,⁹ es útil hacer algunas referencias sobre ciertas experiencias concretas de hambre y escasez de alimentos en el mundo moderno:

1) En la gran escasez de Bengala, India, en 1943, cuando murieron alrededor de tres millones de personas, la disponibilidad de alimentos por unidad de población no era especialmente baja, de hecho era 1% más alta que 1941, cuando no se dio ese problema. Las víctimas (trabajadores rurales sin tierra, pescadores) sufrieron una caída drástica en su poder adquisitivo debido a que sus salarios e ingresos en dinero fueron insuficientes frente a un alza de precios de los alimentos ocasionada por una inflación que generaba el conflicto bélico mundial. La demanda urbana se satisfizo mediante racionamiento de alimentos a precios controlados, aislando a los compradores del alza de los precios de los alimentos. En las zonas rurales, en cambio, no se aplicaron estas medidas. Además, hubo un aumento del precio del arroz causado por la especulación de un puñado de comerciantes y una política objetivamente inepta del gobierno, que contribuyó a aumentar el pánico.

2) Durante la hambruna en Wollo, Etiopía, en 1973, la disponibilidad de alimentos *per cápita* era en general normal. Aunque la producción en Wollo fue mucho más baja a causa de una sequía, no se llevaron alimentos de otras partes del país e incluso algunos se sacaron de Wollo, lo que produjo una gran escasez y a pesar de que los precios se mantuvieron estables la capacidad de la población de Wollo para comprar alimentos había caído con la baja de la producción agraria, originándose situaciones de hambre masiva.

3) En Harerghe, Etiopía, en 1974, el grupo más afectado fue el de los pastores, quienes no solamente perdieron sus animales por

⁸ Amartya, Sen, "Los bienes y la gente", *Comercio Exterior*, diciembre, 1983, p. 1122.

⁹ *Ibid.*

la sequía, sino fundamentalmente, por el cambio en los precios relativos de animales y productos derivados respecto a los cereales. Esto los obligó a vender sus hatos para comprar granos, que en condiciones normales eran calorías baratas.

El mecanismo de mercado desempeñó en este caso un papel destructivo: la caída general del ingreso en la agricultura y la ganadería provocó que los consumidores de productos animales los sustituyeran por cereales básicos elevando así los precios relativos de estos últimos. Además, el desarrollo de una agricultura capitalista afectó la disponibilidad de buenas tierras que los pastores pudieran utilizar.

4) En Bangladesh, en 1974, la disponibilidad de alimentos *per cápita* era la más alta del periodo 1971-1975. Las inundaciones de ese año redujeron la producción que se cosecharía pero antes provocaron una pérdida de empleo que afectó a los trabajadores rurales y redujo de inmediato su poder adquisitivo. Además, éste se vio aún más mermado por un alza en el precio del arroz debido a presiones inflacionarias generalizadas.

En India y Bangladesh, globalmente hablando, la producción de alimentos creció con mayor rapidez que la población en los últimos 30 años, pero, al igual que en la mayor parte del tercer mundo, esto no ha puesto fin al hambre y la desnutrición: incluso en aquellos años en que el abastecimiento de alimentos fue adecuado siguió existiendo una porción sustancial de población desnutrida. Evidentemente, la causa de ello reside en que tanto los alimentos como el ingreso no se han distribuido en forma equitativa. China, país que representa poco menos que la cuarta parte de la población mundial, ha dado la máxima prioridad a la producción de alimentos y ha logrado, no sin dificultades, mantener un crecimiento adecuado de los suministros alimentarios y mejorar su distribución.

La experiencia de la República Popular China muestra que el hambre y la desnutrición no se eliminan sólo con el abastecimiento de alimentos; ello exige otorgar a todos los trabajadores empleo estable y con una remuneración suficiente para cubrir sus necesidades básicas de alimentación, salud, educación y otros servicios. Además, es importante que cada región disponga de alimentos nutritivos a precios accesibles para todos. Y dentro de toda la problemática de erradicar el hambre, el trabajo femenino desempeña un papel clave que exige más reconocimiento, ayuda y recompensa.

Satisfacer las necesidades de alimentos y fomentar el desarrollo

rural exige, ante todo, una profunda Reforma Agraria, que acabe con las estructuras oligárquico-latifundistas aún existentes en numerosos países periféricos; exige además un acceso de los campesinos a los avances tecnológicos, al crédito, al riego y, lo que es más importante, precios remunerativos para sus productos agrícolas. Exige también un proceso de agroindustrialización bajo control de los propios campesinos. Otras políticas complementarias podrían resumirse en: adecuada administración de tierras; conservación o restablecimiento del equilibrio ecológico; desarrollo de tecnologías adaptadas a suelos, climas y condiciones sociales y económicas locales; participación activa y democrática de los trabajadores rurales y de sus organizaciones en el proceso de reforma agraria y estímulo a la educación y formación profesional a todos los niveles.

Los países industrializados podrían contribuir al abastecimiento de alimentos si utilizara menos tierras, fertilizantes y recursos para propósitos no alimenticios y para la ganadería; es decir si consumieran menos carne. Esto, sin embargo, escapa a la fría lógica de la maximización de las tasas de ganancia, inscrita en el proceso de acumulación de capital a escala mundial.

ECODESARROLLO Y ALIMENTACIÓN

(Comentarios sobre las tesis de Ignacy Sachs)¹⁰

Para Ignacy Sachs, la batalla contra el hambre en el tercer mundo no puede ser ganada *únicamente* por la «revolución verde», sin que esto implique un menosprecio por ella. Simplemente la revolución verde descansa en el uso de variedades seleccionadas de cereales que requieren dosis elevadas de abonos, bastante agua y plaguicidas, lo que acentúa la diferenciación social en las zonas rurales, la proletarianización de amplios segmentos del campesinado, el desarrollo polarizado de la agricultura y, en ciertos casos, problemas de contaminación ambiental. Un ejemplo de ello es el caso del arroz milagro de las Filipinas, el cual está dando altísimos rendimientos, pero los peces mueren en los arrozales y como consecuencia de esto el campesino sufre un deterioro en su régimen alimentario. La «revolución verde» permite solucionar el problema de la oferta de cereales allí donde existe capital en cantidades suficientes para

¹⁰ Ignacy Sachs, *Ecodesarrollo, desarrollo sin destrucción*, El Colegio de México, México, 1982; "Desarrollo, concepto, aplicación, implicaciones", *Revista de Comercio Exterior*, Vol. 30, No. 7, julio de 1980.

efectuar un uso intensivo de maquinaria agrícola, realizar grandes obras de irrigación y construir una fuerte industria química de abonos y plaguicidas. Tales condiciones existen en algunas regiones del tercer mundo pero son excepcionales. De ahí que el reto sea buscar cómo aumentar la producción de alimentos humanos y forrajes, sin inversiones masivas de capital que, además, repercuten en una concentración del ingreso.

Para ello, Sachs recomienda examinar cuidadosamente los recursos específicos de cada ecosistema y su relación con las necesidades sociales insatisfechas con el objetivo de crear sistemas de producción y técnicas que no imiten necesariamente la agricultura de las zonas templadas. Éste puede ser el caso del bosque tropical húmedo. Su futuro está en los cultivos intercalados a la sombra de los árboles más que en los monocultivos a campo abierto; en los tubérculos más que los cereales; en la acuicultura capaz de producir peces, mariscos y forrajes; en la cría semintensiva de ganado a base de forrajes silvícolas y acuáticos en lugar de la cría extensiva en pastos obtenidos mediante la destrucción insensata del bosque.

El trópico húmedo constituye un desafío a la imaginación humana. Sachs opina que bien estudiado y bien manejado podrá producir una gran cantidad de alimentos en condiciones ecológicas estables. A su juicio, no hay tiempo que perder, pues cada día trae nuevas destrucciones del bosque y disminuye irremediamente el potencial de los trópicos húmedos como uno de los silos del mundo del mañana. Y el mismo razonamiento puede ser aplicado a cada ecosistema.

Para alimentar en armonía con el medio ambiente a una población mundial en rápido crecimiento se debe reexaminar el potencial de recursos de cada ecosistema hasta ahora desaprovechado. Como se sabe, todo proceso de producción agrícola tiene su base en la bioconversión de la energía solar, siendo éste un recurso renovable fundamental. Se trata de un proceso sumamente cómodo de utilizar, de una fuente de energía prácticamente inagotable y que además no afecta el equilibrio térmico de nuestro planeta. La humanidad siempre ha dependido de la bioconversión de energía solar para su sustento y a pesar del uso masivo de energía fósil y de otros insumos industriales, ésta continúa siendo la base de nuestra agricultura, silvicultura e indirectamente de la cría de ganado.

La dependencia fundamental del hombre con respecto a la bioconversión de energía solar no lo ha conducido, sin embargo, a explorar de una manera imaginativa las perspectivas que ésta ofrece. Se ha mostrado bastante conservador, apegándose a unos cuantos

cultivos y prefiriendo reproducir en diferentes latitudes y en contextos culturales y ecológicos muy diversos, un número limitado de modelos institucionales y técnicos, no dudando en transformar (a veces a muy altos costos), los ecosistemas y las sociedades con el fin de hacerlas aptas para aplicar un modelo y técnicas ajenas a las necesidades que plantea la realidad. Se debe tomar la actitud opuesta, insistiendo en la necesidad de conocer mejor las posibilidades específicas de cada medio natural y cultural, la multiplicación y la diversidad de soluciones adecuadas y el papel decisivo que cabe a las poblaciones interesadas en la identificación y realización de las estrategias alimentarias.

En todas las épocas, las sociedades campesinas que obtuvieron por un largo periodo la autosuficiencia alimentaria se apoyaron en una simbiosis duradera entre el hombre y la tierra. Esa simbiosis supone un manejo del suelo, del agua y del bosque diametralmente opuesta a las actividades predatorias que acompañan cada vez más al aprovechamiento de los recursos impuestos por la sola búsqueda de la rentabilidad mercantil inmediata, en la economía capitalista o de la maximización de la tasa de crecimiento del PNB, en ciertas economías estatizadas. La racionalidad productivista obliga a las empresas a buscar el beneficio y a echar sobre otros, siempre que sea posible, la carga de costos sociales y ecológicos de la producción. Así, se degradan los recursos y la calidad del medio del que dispondrán las generaciones futuras.

Las estadísticas no registran la mayor parte de esos costos. En algunos casos se contabiliza la disminución de las reservas minerales, la superficie de bosques y suelos agrícolas perdidos por la erosión irreversible o por usos urbanos e industriales. Empero, Sachs se pregunta: ¿Qué decir de la disminución de la fertilidad de los suelos por la pérdida del humus?; ¿qué de la degradación de las aguas y de la baja de productividad biológica de los ecosistemas acuáticos provocada por la contaminación? ¿O qué decir de las modificaciones del clima a causa de las contaminaciones atmosféricas?

Frente a esto, Ignacy Sachs defiende la necesidad de un eco-desarrollo. Él lo define como un desarrollo deseable desde el punto de vista social, viable desde el punto de vista económico y prudente desde el ecológico. La prudencia ecológica y la conservación a largo plazo de los recursos naturales no son incompatibles con el uso de técnicas de producción que se inspiren en las últimas conquistas de la ciencia biológica. Para la FAO, hoy estamos en el umbral de una tercera revolución agrícola, basada en una tecno-

logía más compleja pero más natural que la de la «revolución verde». Sólo a título indicativo podría señalarse la importancia de profundizar las investigaciones de sistemas de producción basados en las diferentes formas de asociación de cultivos (rotación, cultivos intercalados, agrosilvicultura), así como las combinaciones de agricultura, ganadería y piscicultura. La investigación de tecnologías adecuadas, vista desde la perspectiva del ecodesarrollo, debe responder a un conjunto de criterios económicos, sociales, culturales y ecológicos.

La ecología interviene en dos niveles en la concepción de los sistemas productivos creados por el hombre. Por un lado nos enseña a respetar las leyes y los grandes ciclos de la naturaleza, lo que impone límites a la acción transformadora del hombre y cuestiona el «culto» a la tecnología y al progreso. Los proyectos muy osados de transformación del medio ambiente, como la construcción de la represa de Assuan en Egipto, pueden tener consecuencias tan graves como las que tendría acudir aceleradamente a la energía nuclear. El hombre, como en la leyenda del aprendiz de brujo, puede crear fuerzas incontrolables que lo lleven a su propia destrucción.

Por otro lado, la observación de los ecosistemas naturales ofrece un excelente paradigma para los concebidos por el hombre. Al crear sistemas productivos se deben buscar las complementariedades y articular distintos ciclos productivos, a fin de minimizar los efectos negativos para el ambiente. Se trata de una modificación fundamental de las tendencias actuales, basadas en la especialización excesiva que conduce a una yuxtaposición de monocultivos y de mono-producciones y a una excesiva generación de desechos. En este contexto, puede valorarse la importancia de la investigación de sistemas de producción basados en policultivos asociados o intercalados: la utilización, para fines productivos y energéticos, de los desperdicios y residuos orgánicos; se trataría, en suma, de crear unidades productivas agropecuarias que utilicen un conjunto más o menos elaborado de tecnologías «suaves» y que funcione en la medida de lo posible, con base en el aprovechamiento de recursos renovables y realmente renovados y en la recirculación de los recursos perecederos. La perspectiva fundamental debe ser buscar la complementariedad ecológica y romper con la tendencia a la especialización dominante en las economías industriales contemporáneas.

Esta exige adoptar un criterio de racionalidad social diferente de la lógica del mercado y de la maximización productivista. Exige también luchar, en forma simultánea, por un acceso equitativo a

los recursos naturales, por una redistribución de los mismos en beneficio de los trabajadores del campo y la ciudad y por asegurar su reproducción para que sirvan a las futuras generaciones. Así, se modifica el concepto del tiempo y se replantea la relación entre el presente y el futuro; un proyecto, un sistema productivo o una determinada política alimentaria se evalúan no sólo por su impacto inmediato en el medio ambiente y en la sociedad actual sino también por sus efectos a muy largo plazo.

La finitud del planeta Tierra y los efectos destructores en el medio ambiente de los modelos de desarrollo seguidos hasta hoy, hace imperiosa la aplicación de una nueva racionalidad para administrar los recursos de la energía, del espacio, del ambiente y para replantear las estrategias orientadas al logro de la autosuficiencia alimentaria.

La solución duradera de nuestros problemas energéticos y alimentarios pasa por ese camino. Se trata de afianzar en nuestras economías el uso de energías y recursos renovables, de modificar los sistemas de alimentación humana a fin de sacar mejor partido de las posibilidades de cada ecosistema, de valorizar en forma más adecuada los recursos acuáticos y de dar al ganado una base forrajera que no dispute las tierras arables a los hombres.

DESARROLLO AUTOCENTRADO, EMPRESAS AUTOGESTIONABLES Y AUTOSUFICIENCIA ALIMENTARIA

Hasta ahora el desarrollo del tercer mundo no ha estado orientado a la producción de bienes de consumo popular y es en gran medida parasitaria debido a que nutre su acumulación exprimiendo al mundo rural. De ahí que las prioridades deban modificarse para que se dé un desarrollo autocentrado. La industria no debe explotar a la agricultura, sino que, al contrario, debe apoyarla y beneficiar a las masas campesinas. Esto es lo que Jacques Chonchol llama: "un contrato de solidaridad con el campesinado del tercer mundo".

Para el logro de este objetivo, se debe desarrollar en forma simultánea un sector industrial moderno y un sector de pequeñas y medianas industrias rurales bajo control de los propios productores. Y, correlativamente, impulsar la colectivización rural, la modernización agrícola y la agroindustrialización bajo control de los propios productores. Esta permitirá dinamizar la demanda de productos industriales y expandir el mercado interno. Sólo bajo estas

condiciones el progreso de la agricultura podrá financiar una sana industrialización y liberar un excedente alimentario capaz de asegurar la independencia nacional y de romper la subordinación respecto a un sistema alimentario mundial dominado por algunos países centrales y un puñado de trasnacionales. Esto exige modificar la relación de precios ciudad-campo y la distribución del ingreso.

El desarrollo autocentrado debe basarse en el principio de: «apoyarse en las propias fuerzas». Esto implica, en primer término, la lucha por la autosuficiencia alimentaria y por el control nacional de las industrias, agroindustrias y explotaciones agropecuarias dominadas por empresas trasnacionales. Exige también la movilización de los recursos naturales y humanos para preservar, en las relaciones internacionales, la capacidad nacional de decisión económica y la autonomía de la acción política de los Estados. Esto exige estimular la iniciativa creativa de las masas, sus derechos y libertades democráticas y su participación en un desarrollo popular sin imitación tecnocrática de un modelo externo. Se trata de avanzar hacia la definición de una vía específica de desarrollo de los países del tercer mundo, distinta a la de los grandes centros industrializados, que se apoye en una relación particular entre tecnología y empleo, entre acumulación y consumo y que permita obtener una relación equilibrada entre la ciudad y el campo.

En consecuencia, se hace necesario adoptar una estrategia económica guiada por un reparto menos centralizado de las inversiones. Las grandes unidades de producción y los centros industriales debieran jugar un rol cohesionador de las medianas y pequeñas unidades de producción agrícola e industriales. Por otra parte, el esfuerzo de industrialización debe tender en forma sistemática al aumento del excedente agrícola. Se trataría entonces de modificar el orden de los factores; expandir e integrar un sector agrícola moderno y autosuficiente para apoyar una sana industrialización; apoyar la industria ligera para sustentar y reforzar una industria pesada nacional. Vincular esta industria pesada con las necesidades de la planta industrial, agroindustrial y agropecuaria y convertirla en la columna vertebral del sistema económico interno. Favorecer la diversificación industrial, impulsando simultáneamente grandes, medianas y pequeñas unidades productivas, estimulando la diferenciación de la industria. Creación de sistemas económicos regionales integrados y en gran medida autosuficientes, superando los desequilibrios regionales. Desarrollo simultáneo de la agricultura y la industria y de la industria pesada y la ligera. Formación de empresas autogestivas, agropecuarias o agroindustriales, bajo control de los propios

productores y capaces de generar un gran número de empleos permanentes con una inversión inferior a la requerida en las grandes empresas.

Lo anterior significa modificar la relación ciudad-campo y agricultura-industria y establecer una relación de interdependencia y complementariedad entre las grandes, las medianas y pequeñas unidades productivas urbanas y rurales.

Deben también apoyarse los pequeños y medianos centros de población para constituir un «tejido» industrial y agropecuario moderno y multiforme en todo el territorio nacional. Debe partirse del reconocimiento de la diversidad regional de cada país y de la desigual distribución de población, agua y recursos naturales para crear en cada región centros urbanos cuya economía esté en estrecha relación con el medio ambiente rural y con la disponibilidad de recursos naturales en el área.

En un marco regional la participación democrática es más viable y el control popular de los procesos productivos y sociales a través de la autogestión de unidades agropecuarias y agroindustriales y de las propias comunidades es más sencilla.

Un esquema de desarrollo como el descrito, que pone énfasis en las medianas y pequeñas unidades productivas tiene varias consecuencias importantes.

Por una parte, la fuerza de trabajo calificada que requieren los países periféricos se formaría en una multitud de pequeños centros sobre la base de técnicas poco sofisticadas y fácilmente asimilables. Estas pequeñas unidades están más cerca de la tecnología tradicional en lo referente a la división técnica del trabajo y en los medios utilizados y requieren personal menos calificado. Además, la organización misma de la producción, más simple que en las grandes empresas, facilita la creación de estructuras autogestionarias y hace más sencillo que la fuerza de trabajo de origen rural asimile la tecnología moderna. Todo lo cual contribuye al logro de la autosuficiencia alimentaria. Las medianas y pequeñas unidades de producción agropecuaria y agroindustrial, inmersas en un proceso de colectivización de la agricultura y de desarrollo de formas organizativas autogestionaria y cooperativas, permiten el desarrollo de formas organizativas autogestionarias y cooperativas, permite el desarrollo de tecnologías adecuadas y no contaminantes, ayudan a preservar el equilibrio ecológico y pueden transformar la geografía económica de un país, su fisonomía y las características de los trabajadores.

Por otro lado, se facilita la integración de las actividades agrícolas e industriales en la economía regional. El aprovisionamiento de productos en un marco regional contribuye a modificar las condiciones de funcionamiento de las empresas y sus criterios de rentabilidad. Así, el uso de técnicas poco elaboradas pueden ser compensadas con la utilización de la abundante mano de obra local. Para las agroindustrias el costo de los insumos materiales de origen regional puede ser bajo por la desgravación del gasto de transporte que con frecuencia es anormalmente alto e ineficiente.

Así, la base para evaluar la viabilidad de un proyecto se modifica haciéndose rentable la explotación, por ejemplo, de obras de mediana y pequeña irrigación, de pequeñas plantas hidroeléctricas, de pequeñas agroindustrias y de los más variados recursos naturales de cada región. Impulsadas a partir de iniciativas locales, estas unidades de producción están más próximas a las necesidades regionales y mejor dotadas para adaptarse a las exigencias de la producción agrícola local, a las necesidades populares y la demanda industrial regional.

De esta forma, dialécticamente, la creación de una economía nacional integrada se expresa en una autonomía creciente de las regiones.

La ampliación del mercado interno y la modificación de la distribución del ingreso permitiría la creación de una estructura productiva *autocentrada y nacional*, que sea la base de una real independencia económica del país y de la satisfacción de las necesidades alimentarias del conjunto de la población.